

18 *Una vida, UNA NOVELA*


La niña-fea
convertida en
mujer fascinante

+ + +

UNA
BUSQUEDA
ANHELANTE Y
DESESPERADA
DEL AMOR
VERDADERO

+ + +

Mickey Rooney,
Artie Shaw, Frank
Sinatra, Mario
Cabré, "Dominguín"



AVA GARDNER

2
PTAS.



SUSAN HAYWARD.—En la escuela de párvulos conoció a un niño, que, como ella, soñaba ya con llegar a ser un gran actor. Jeff Chandler es el nombre de aquel niño. La vida de Susan se ve hoy destrozada por una tragedia matrimonial tal vez única en la historia de Hollywood. Y Jeff Chandler, el amigo de la infancia, acude a consolarla en su desgracia.

¡De próxima aparición!

ALAN LADD.—En su vida ordinaria es un hombre bien distinto al que nos muestran las películas. Amante del hogar y fiel a su esposa; un actor sin vida escandalosa ni divorcios en su haber. Atraído por la escena desde la adolescencia, inició pronto una brillante carrera cinematográfica, ayudado por la que fue su agente de publicidad y es hoy su esposa.



¡Está a la venta!

VAN JOHNSON.—Uno de los actores que más han tenido que luchar para conseguir un puesto en Hollywood. Cuando todo parecía haberse solucionado para él, un accidente de automóvil produjo tales cicatrices en su rostro que se temió tuviera que retirarse definitivamente de la escena. Su fuerza de voluntad se ve hoy premiada al ser considerado uno de los mejores actores de la actualidad.



UNA VIDA, UNA NOVELA

AVA GARDNER

- ♦ Una infancia poco prometedora.
- ♦ Un fotógrafo fue el primero en descubrir su belleza.
- ♦ Amada por muchos hombres y siempre desgraciada en amor.

Volumen n.º 18

de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

VOLUMENES PUBLICADOS

- Núm. 1. — MARLON BRANDO
- Núm. 2. — JOHN WAYNE
- Núm. 3. — HEDY LAMARR
- Núm. 4. — ERROL FLYNN
- Núm. 5. — MONTGOMERY CLIFT
- Núm. 6. — MARILYN NONROE
- Núm. 7. — GARY COOPER
- Núm. 8. — ELIZABETH TAYLOR
- Núm. 9. — ROCK HUDSON
- Núm. 10. — GINA LOLLOBRIGIDA
- Núm. 11. — CLARK GABLE
- Núm. 12. — LESLIE CARON
- Núm. 13. — GREGORY PECK
- Núm. 14. — GRACE KELLY
- Núm. 15. — FRANK SINATRA
- Núm. 16. — SILVANA MANGANO
- Núm. 17. — VAN JOHNSON
- Núm. 18. — AVA GARDNER
- Núm. 19. — ALAN LADD
- Núm. 20. — SUSAN HAYWART

¡PIDALOS EN SU KIOSCO!

*Derechos reservados
Copyright by Ediciones
Cinematográficas, Spain.*

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS

RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

ERA un atardecer frío del mes de diciembre. En la pequeña granja que habitaba el matrimonio Gardner, en Smithfield, Carolina del Norte, había aquel día una inusitada animación, un constante ir y venir de gentes, de mujeres que entraban y salían en la casa con el rostro preocupado y atento. Mary Elisabeth Gardner, la esposa del granjero, aguardaba su quinto hijo. Era la más querida de todas las vecinas de la comarca: mujer de su casa, gentil y correcta siempre, buena madre y devota esposa. Todos la querían y todos se desvivían por ayudarla. Familia y vecinos se afanaban aquel día en los preparativos que, en tal ocasión, coincidían con los de la máxima festividad del año: era la víspera de Navidad.

—Buen agurio, Tomás — dijo una de las vecinas, al pasar junto al granjero —. El Divino Niño va a traerte lo que tanto deseas. Ya verás: esta vez, Mary Elisabeth te dará un hijo, un hermoso niño como El.

Jonás B. Gardner sonrió. Sí, era un buen agurio que su quinto hijo viniera al mundo el mismo día que el Redentor. Pero, ¿sería realmente un chico? Jonás lo deseaba con todo su corazón. Apoyado en el porche, mientras fumaba su pipa, contemplaba con amor a las cuatro pequeñas: Beatriz, Elisabeth, Janet y Ann, que jugaban no lejos de él. No es que no quisiera a sus hijas, claro está; pero echaba de menos un varón, un chiquillo robusto y fuerte como él, que correteara a su lado por los valles y prados, un muchachito a quien

enseñar a montar y domar los caballos, que le ayudase en las faenas de la tierra, que perpetuase su nombre y que, cuando él faltara, pudiera hacerse cargo de aquel pedacito de tierra y de aquella casa que, junto con su mujer y los hijos, constituían todo su amor y toda su vida.

En la tarde que caía, el pálido sol daba sobre el jardincillo penetrando a través de los árboles desnudos. Aquella región de la Carolina del Norte era una tierra rugosa, cuajada de colinas rojas, de grandes masas de granito y pinos silvestres, una región que conocía lo más gélido del invierno y lo más tórrido del verano. Aquel año, sin embargo, en vísperas de Navidad, la tarde era apacible y tranquila.

Jonás pensó en su mujer, allá arriba, sufriendo por darle el hijo que él tanto deseaba. Se querían mucho, constituían uno de esos matrimonios modelo, para quienes el mutuo amor, aun después de los muchos años que llevaban casados, era lo más esencial en sus vidas. No, Mary Elisabeth no podía defraudarle... otra vez. El hijo varón sería la culminación de su amor.

Pero el destino es, a veces, retozón y travieso. Cuando Jonás, al oír el primer llanto de la criatura, corrió alborozado escaleras arriba, su mujer, extenuada y casi temerosa, no se atrevió a mirarle a los ojos. Una vecina le tendió, en silencio, el informe amasijo de carne y ropas.

—Es una niña, Jonás... Otra niña... —dijo Mary Elisabeth, con un sollozo entrecortado—. Y tan poquita cosa...

En efecto, la niña era desmedrada, delgaducha y tan fea... Jonás se resignó. No habría hijo varón

que perpetuase su apellido, no habrían correrías a caballo, juegos varoniles... Otra vez, muñecas, lacitos, perifollos... ¡Y qué mal, Dios mío, iban a sentarle lazos y perifollos a la recién nacida!

* * *

La pequeña Ava, que así fue como la bautizaron, creció feúcha y desgarbada, contrastando cada día más con la belleza y robustez de sus hermanas mayores. Era revoltosa, rebelde, le gustaba trepar a los árboles, comportarse como un pilluelo; andaba siempre entre muchachos, como si fuera uno más, tan audaz como el más atrevido de todos; lo que no impedía, a veces que sintiera una gran timidez para con todos los que no fueran sus amigos o sus familiares. Le encantaba corretear descalza por los prados. Era una costumbre de la pequeña Ava que irritaba a su madre:

—Ava, por lo que más quieras... No andes así descalza por la hierba... Recuerda que eres una señorita... Y además, puedes coger una pulmonía... ¿A quién habrá salido esta criatura, Dios mío?

Ava se reía. Tenía una risa pronta y fácil y al reír enseñaba mucho los dientes, unos dientes demasiado grandes que daban a su carita pecosa y desmedrada una expresión casi desagradable. Tenía el cabello castaño, casi rojizo y tan indomable, que era imposible lograr que la niña tuviera nunca un aspecto presentable. Sólo los ojos, de un verde muy profundo, resaltaban en ella, prometiendo lo que más tarde había de llegar a ser.

Cuando a los siete años sus padres la enviaron a la escuela pública de Smithfield, Ava no demostró

ningún talento extraordinario. Su timidez le impedía sobresalir entre sus compañeras. Se sentía a disgusto fuera de casa y la propia consciencia de su falta de gracia y de atractivo, la hacían replegarse todavía más en sí misma. Las otras niñas la ignoraban.

Así, sin pena ni gloria, pasó Ava los primeros años de su infancia, no sintiéndose feliz más que en su casa, rodeada de sus padres y hermanas, a quienes admiraba por su belleza y por su talento. A su madre especialmente, que ejercía sobre ella una gran influencia. Preocupada por su porvenir, Mary Elisabeth decidió un día abordar a su marido.

—Dime, Jonás, ¿qué has pensado con respecto al porvenir de Ava? Esta chiquilla me preocupa más que ninguna... Es tan distinta de sus hermanas... Sé que cualquiera de ellas, Beatriz, Elisabeth, Janet o Ann encauzarían sus vidas sin tropiezos... No les será difícil a ninguna de ellas encontrar un buen marido... Pero Ava... Es tan feúcha y tan tímida, además... ¿Qué va a ser de ella cuando nosotros faltemos?

Jonás asintió. Su mujer tenía razón. También él había pensado más de una vez qué iba a ser de aquella chiquilla insulsa y desgarbada que era su hija pequeña. ¿Cómo la trataría la vida? ¿Sería capaz, en su timidez, de enfrentarse con ella? ¡Ah, si Dios hubiera querido escucharle y en lugar de la niña le hubiese dado un hijo varón! «Los chicos causan menos preocupaciones a los padres...», pensaba el pobre hombre, que no había podido resignarse a aquella jugarreta del destino, a aquel «fraude», como él decía.

—Creo, Mary Elisabeth, que lo mejor será que

encaucemos a la niña hacia una profesión cualquiera. Podría estudiar un curso comercial en un buen colegio, por ejemplo, y colocarse luego en una empresa importante como secretaria... Ya sé que la chica no es precisamente lista... pero para teclear todo el día en un máquina, no se necesita tampoco demasiado talento. Y quién sabe, a lo mejor en la oficina encuentra un buen chico que quiera casarse con ella... Si logra vencer su timidez, claro está... Esta niña es tan rara...

(Sin embargo, Ava con sus pocos años, ya estaba enamorada. No se lo había dicho a nadie: cual moderna Dulcinea guardaba para sí, con ruboroso silencio, su secreto. Su Príncipe Encantador era... el carnicero, un guapo mozo que todos los sábados dejaba en su casa la ración de carne que debía consumir la familia Gardner.)

El matrimonio estuvo de acuerdo y Ava fue matriculada en el «Atlantic Christian College» de Wilson, en la misma Carolina del Norte. La estancia en el colegio no fue agradable para Ava. Allí perdió la poca serenidad que había conseguido en el hogar. Las otras chicas lucían, coqueteaban, eran hermosas y además tenían dinero, lo que la hacía sufrir terriblemente, creándole un complejo de inferioridad.

Una mañana, un chico de una clase superior la invitó a salir con él. Era un muchacho a quien Ava admiraba en silencio: guapo, atractivo, alegre y desenvuelto; tenía todo lo que a Ava le faltaba. Y nuevamente Cupido la tomó entre sus redes. Aquella invitación fue para la muchacha un verdadero acontecimiento, acostumbrada como estaba a que nadie se fijase nunca en ella. Quedaron cita-

dos para las cinco de la tarde. Era su primera salida con un muchacho. Se sentía tan feliz y tan nerviosa, que apenas si pudo arreglarse convenientemente. Aquel hombre le parecía el más divino de los mortales. Se peinó una vez y otra; escogió detenidamente el vestido que iba a ponerse... A las cuatro y media estaba ya lista para correr al encuentro de su Príncipe Encantado. «¡Si al menos no fuera tan desgarbada, Dios mío!», pensó, dándose una última mirada al espejo.

Fueron al cine y luego a tomar unos helados. Ava se sentía feliz..., tan feliz como no lo había sido nunca. Pero fue incapaz de pronunciar una sola palabra. Su propia timidez y la falta absoluta de coquetería, le ponían un nudo en la garganta, haciéndola aparecer insípida y fría. El muchacho acabó por aburrirse. Al despedirse de ella, en la puerta del Colegio, la dejó con un simple:

—Hasta siempre, Ava...

La muchacha subió corriendo a su habitación, se echó sobre la cama y lloró amargamente toda la noche. «No volverá a invitarme, estoy segura... Soy una tonta, una tonta...»

En efecto, el muchacho no volvió a invitarla. Ni él ni ningún otro chico del Colegio. Aquello acabó por desmoralizar a Ava. En las vacaciones de Pascua, cuando regresó a su casa, estaba decidida a no volver al Colegio. Así se lo dijo a su padre:

—No quiero volver allí, padre; es inútil que sigáis gastando dinero en mí... No sirvo para estudiar, cualquier cosa me cuesta un esfuerzo terrible... Además...

—¡Tonterías, hija! Eso ocurre siempre los prime-

ros tiempos. Luego te acostumbrarás, ya verás...

Pero Ava sabía que no se acostumbraría. Sabía, sobre todo, que no podía seguir soportando la inferioridad de sus compañeros, el saberse poco dotada, física e intelectualmente. Más de una vez, sus hermanas mayores la sorprendieron mirándose fijamente en el espejo:

—¿Qué haces ahí, Ava? ¿Qué estás mirando tan abstraída?

—Estoy convenciéndome de lo fea que soy —contestaba la jovencita, friamente—. Fíjase: mi cara es excesivamente triangular, soy pecosa, con el pelo rojizo, demasiado delgada y mis dientes... ¡oh, bueno! mis dientes son, sencillamente, monstruosos...

Las hermanas intentaban convencerla de que todo aquello no tenía la menor importancia, de que eran sólo figuraciones suyas.

—Todo cambiará cuando seas mujer, Ava. Pienso que ahora sólo eres una chiquilla... Y que estás en lo que la gente llama «la edad ingrata»...

Pero Ava se sentía desgraciada e iba repiegándose cada vez más en sí misma. Lo que ella juzgaba su fracaso amoroso, pesaba sobre su ánimo de un modo terrible.

Volvió, a pesar de todo, al Colegio y no se extrañó de que a final de curso y a nadie se le ocurriera ofrecerle un papel en la comedia que se iba a representar. Asistió sola, como espectadora. Se graduó y se dispuso a ocupar en la vida el único papel que parecía estarle destinado: acabar sus días en una oficina como mecanógrafa.

* * *

Pero, afortunadamente, el destino velaba por ella. Antes de encerrarse en una oficina a ahogar sus penas de amor entre signos taquigráficos, Ava quiso tomarse unas pequeñas vacaciones. Propuso a sus padres que la dejaran ir a Nueva York a casa de su hermana Elisabeth, que durante su estancia en el Colegio, se había casado con un fotógrafo de publicidad llamado Larry Tarr, a quien ella no conocía todavía. Pensó que aquello sería una buena ocasión para estrechar lazos familiares. Aunque a regañadientes, su madre tuvo que acceder; y así fue como llegó la insignificante Ava a la ciudad de los rascacielos. Aquella visita debía cambiar inesperadamente la ruta de su destino.

En la estación la aguardaban su hermana y su cuñado. Al bajar del tren, Elisabeth casi no la reconoció.

—Pero, Ava ¡qué cambiada estás! ¡Y cómo has crecido!

—Es que tengo ya diecisiete años, hermana... Pero, ya ves, sigo tan fea como siempre...

—¿Fea? —inquirió, sorprendido, Larry—. ¿Quién te ha dicho que eres fea?

—¡Bah! Todo el mundo lo dice...

—¡Qué absurdo! Tu pelo y tus ojos son preciosos... Oye, Elisabeth, ¿me permites que, en estos días que va a estar con nosotros, me encargue yo de maquillar a tu hermana?

—¡Oh, sí! Pruébalo. ¿por qué no?

Y en efecto. Bajo la experta dirección de su cuñado, cada uno de los defectos de Ava quedaron

convertidos en cualidades físicas. El cambio fue sorprendente. El cabello recogido daba lugar a que su cara, excesivamente triangular, apareciera subrayada por el ritmo de la cabellera; los ojos verdes, ligeramente sombreados, adquirieron una gran profundidad. Los labios retocados por un rojo muy suave, al sonreír tímidamente, dejaban al descubierto los dientes grandes y blanquíssimos que ahora le daban un tono personalísimo.

Larry estaba encantado con la transformación.

—Ahora voy a retratarte, Ava. La verdad es que he hecho verdaderas maravillas contigo...

Sí, era cierto. La propia Ava lo reconocía y estaba muy agradecida a su cuñado. Además, aquello de retratarse sin que le costara un céntimo le parecía divertido. Una tarde, en que ambos estaban enfrascados en la elección de la pose más seductora, un dibujante de una gran empresa anunciadora, amigo de Larry, fue a visitarle a su estudio.

Hombre experimentado y buen conocedor de los rostros que más podían llamar la atención del público, apenas vio a Ava quedó subyugado. Examinó las fotografías que le había hecho Larry y sin pensarlo más, propuso:

—Oye, Larry: sabes que represento a la Agencia Comercial de John Powers y que tengo plenos poderes para elegir a nuestras modelos. Si tú no te opones, contrato a esta señorita para que pose para nosotros, como rostro anunciador de diferentes productos. Y además, te contrato a ti: tú serás su fotógrafo...

Ava creyó soñar. ¡Ella elegida para modelo! ¡Qué absurda era la vida! Después de pasarse sus

diecisiete años creyendo que era fea, que carecía de atractivos... Realmente, Larry debía haber hecho verdaderas maravillas con su rostro... Regresó a Smithfield entusiasmada y contó a sus padres todo lo ocurrido en Nueva York. Los Gardner se mostraron escépticos, a pesar de lo generoso de la oferta comercial. Pero no se atrevieron a desilusionar a su hija...

Ava se instaló en Nueva York, en casa de su hermana. Y muy pronto su rostro invadió las portadas de las mejores revistas americanas. Pastas dentífricas, refrescos, joyas, cremas maquilladoras, vestidos de los mejores modistos, sombreros... todo lo anunciaba la sonrisa y la belleza un poco exótica de la asombrada Ava. Pues la muchacha no podía acabar de creer que fuese ella misma aquella muchacha que, en grandes cartelones, salía al paso de los coches de turismo, y sonreía desde las primeras páginas de las revistas de actualidad. No, no podía creerlo... a pesar de verse retratada por todas partes.

Larry Tarr, creyéndose poco menos que un nuevo Pigmalión, estaba tan entusiasmado con lo que él llamaba su «triunfo», que sin decirle nada a su mujer ni a su cuñada, un buen día tomó la mejor fotografía que tenía de Ava y la envió a los estudios de la Metro Goldwyn Mayer, en Hollywood. Claro que al hacerlo no pensaba sólo en el porvenir de Ava, sino también en la posibilidad de que al ver la calidad artística de la fotografía, los directivos de la Metro le contratasen a él para trabajar como fotógrafo en los Estudios. Pero los directivos no se fijaron en la fotografía, sino sólo en la expresión terriblemente enigmática y dulce

a la vez de la modelo. Sus ojos verdes tenían un poder tan sugestivo, tan, casi podríamos decir, hipnótico... que decidieron la suerte de Ava. La llamaron por teléfono desde Hollywood. Desconfiada, como siempre, Ava no tomó en serio esta llamada y no quiso ponerse al aparato.

—Pero, Ava, qué tontería... ¿Por qué no has de contestar?

—Es una broma, estoy segura... Algún gracioso que quiere divertirse a mi costa...

Pero no era una broma. A los pocos días, un representante de la Metro en Nueva York se personaba en su casa para rogarle que acudiera a las oficinas para someterse a una prueba.

Por causa de su acento del sur la dispensaron de hablar, y como tampoco tenía conocimientos dramáticos, no actuó. La prueba se redujo a una serie de grandes primeros planos. Los «buscatalentos» de Hollywood se convencieron pronto, no sólo del poder fascinante de sus ojos, sino además, de su figura verdaderamente arrebatadora. El resultado de su gran fotogenia fue un contrato.

Su camino quedaba definitivamente trazado a partir de aquel instante. Un cambio bien distinto del que, en principio, parecía estarle destinado. De secretaria comercial a artista de cine... El salto no dejaba de ser peligroso para la tímida Ava.

...

En Hollywood, a donde llegó en julio de 1941, Ava volvió a sentir, más violentamente que nunca, la inseguridad y la desconfianza en sí misma que la atormentaban de niña. Se sentía como aplastada

en la ciudad del cine. Comprendió pronto que para pertenecer a ella por entero, había que seguir un ritmo de vida determinado: ir a paseos, restaurantes, clubs nocturnos... Alternar con la gente, vencer la timidez... ¡Y todo aquello le parecía tan difícil y tan inútil! Ella seguía soñando con el Amor, con el Príncipe Encantado. Su verdadera ambición era tener un hogar, un marido que la quisiera y muchos hijos... El punto vulnerable de Ava era el corazón: ella lo sabía, sufría una sed permanente de amor... Cualquiera otra muchacha en su lugar, habría llorado de emoción al verse, de la noche a la mañana, solicitada nada menos que por uno de los Estudios más importantes de Hollywood. Ava, por el contrario, después de estampar su firma al pie del contrato, se limitó a decir simplemente:

—Será divertido hacer películas...

Y en su fuero interno, siguió soñando y deseando la llegada del Príncipe Encantado.

Mientras estudiaba dicción y arte dramático, los Estudios la colocaron como figura decorativa, sin hablar, en varias películas. Ava tenía mucho que aprender todavía; cierto que sabía colocarse, como nadie, frente a las cámaras; cierto también que sabía dar a su rostro la expresión precisa en todo momento, pero le faltaba soltura y, sobre todo, tenía que corregir su marcado acento sureño. Tardó bastante en actuar de verdad ante las cámaras. Aquello aburría a Ava; hacer películas no era lo que ella se había imaginado; el estudio le parecía triste; aquel pasarse horas y horas ante los focos, monótono y sin sentido... Y además, había que estudiar, estudiar siempre... Danza, dic-

ción, arte dramático... Claro que ahora las asignaturas eran mucho más divertidas. A Ava le gustaba, sobre todo, la danza. Poco a poco fue tomándole afición también a los otros estudios; todo era ahora más fácil y más comprensible que los pesados extractos de cuentas y los signos taquigráficos. A medida que se esforzaba por aprender, Ava fue perdiendo su innata timidez. Ya no se retraía y los compañeros eran ahora simpáticos y agradables. Empezó a frecuentar el trato de algunos de ellos, a asistir a fiestas en su compañía... Y un buen día, conoció a Mickey Rooney. Era un muchachito bajo, rubio, muy alegre y con una divertida expresión de chiquillo travieso. Apenas la conoció, Mickey empezó a cortejarla. Con sus diecinueve años, Ava era extremadamente ingenua. Para ella, el hecho de que le interesara un hombre significaba que debía casarse con él... sin detenerse a considerar que podían existir diferencias de temperamento y de caracteres. En aquella época, además, Mickey Rooney era el actor más popular del momento... y aquello era un tanto más a su favor. Desde aquel día, pasaron muchas horas juntos en los estudios; Mickey aprovechaba todas las ocasiones para reunirse con ella; simpatizaron mucho y los ojillos traviosos de Mickey ejercieron sobre Ava una poderosa atracción... Creyó sinceramente que estaba enamorada de él, que aquella simpatía mutua, aquella atracción, eran el Amor tanto tiempo esperado.

El día que Mickey, tomándola dulcemente en sus brazos, la susurró al oído:

—Ava, querida, eres la mujer más hermosa que he conocido... —la muchacha supo que no podría

resistírsele, que si él le pedía que fuera su esposa, accedería de todo corazón. El halago de saberse hermosa (¡ella que tanto había sufrido con su pretendida fealdad!) y solicitada, la embriagó. Cuando instantes más tarde, Mickey le pidió en efecto que se casara con él, Ava respondió con ardor:

—Sí, Mickey, sí, quiero... y pronto, muy pronto...

Se casaron un día de abril de 1942, al año siguiente de su llegada a Hollywood. Ava lucía aquel día un precioso traje sastre color cereza y una toca de velos en la cabeza. En la solapa izquierda, un gran ramo de azahares blancos, símbolo de toda la ilusión y la felicidad con que se entregaba a aquella unión.

Sólo la inconsciencia de la juventud, sin embargo, pudo tomar por pasión arraigada y duradera lo que únicamente era dorada ilusión de los pocos años. En realidad, Ava estaba enamorada del Amor, no de un hombre determinado. Y adornó con todas las cualidades de su Príncipe soñado a aquel que había sido el primero en ofrecerle su nombre y su mano para toda la vida.

¡Para toda la vida! Una vida bien corta, ciertamente... Durante los meses que vivió con su marido, Ava se entregó aparentemente a la vida vertiginosa y frívola de Hollywood, que siempre había rehuído; pero, interiormente, siguió encerrándose más y más en sí misma. Se sentía triste, deprimida, desilusionada... Mickey y ella no congeniaban; el amor no era lo que ella había soñado... No, por lo menos, el amor que le daba Mickey. En cuanto al matrimonio... Ava había creído siempre que todos los matrimonios debían ser como sus padres: llenos de comprensión el uno para el otro, llenos

de amor y de fe en el porvenir. Su matrimonio con Mickey resultó un fracaso, y apenas un año después de la boda se divorciaron.

Fue un desengaño cruel para Ava. Se refugió en el trabajo. Los Estudios le habían dado ya la tan deseada oportunidad en un film titulado «We where dancing» que pasó sin pena ni gloria, pero que le dio la ocasión magnífica de perfeccionarse. Poco a poco, en papeles progresivamente más importantes, la fueron preparando para el estrellato. Filmó en poco tiempo varias películas: «This times for keeps», «Kid glove Killer», «Pilot n.º 5», «Swing fever», «Young ideas», «Ghost in the night», «Three men in white», «Maise goes to Reno»... Y su nombre empezó a hacerse tan popular como antes su rostro.

En 1945, y con doce películas en su haber, Ava se había situado magníficamente en Hollywood, aunque todavía no hubiera alcanzado la cima del estrellato. Ya no era la chiquilla medrosa y llena de complejos que había llegado allí en 1941, todavía incrédula y sorprendida. Ahora sabía que era hermosa; sabía que era atractiva y quería, a toda costa, ser feliz. No le gustaban la soledad ni la amargura de su última desilusión amorosa. Casi a ciegas se refugió nuevamente en el matrimonio.

Había conocido en el club Mocambo a un muchacho muy atractivo: se llamaba Artie Shaw. Era alto, buen tipo, moreno, dirigía la orquestina del club y tenía, como ella, una pasión loca por la música de jazz. Se encontraron una noche en que Ava había ido allí en compañía de Van Heflin y su esposa. El la sacó a bailar y casi en seguida se

sorprendieron de lo bien que se avenían los dos en la danza.

—Baila usted maravillosamente... ¿Quién le ha enseñado?

—¡Oh, en los Estudios! Apenas llegué a Hollywood empecé a estudiar danza; primero ballet y luego bailes modernos. Me encanta bailar, ¿sabe? A veces, en casa, abro la radio y bailo sola por la habitación...

—¿Sola? Pero, ¿es posible que una muchacha tan linda como usted, esté alguna vez sola? ¿En qué están pensando sus amigos? Oiga, se me ocurre una idea, ¿por qué no me llama por teléfono siempre que se sienta sola?

—Pero, es que...

Ava no se atrevió a confesarle que estaba siempre sola, que su vida era triste y desamparada. Después de aquella noche, se encontraron otras muchas veces. Poco a poco, Ava fue acostumbrándose a la compañía de Artie; era divertido, le enseñaba cosas que ella ignoraba, y nuevamente cometió el error de creer que aquello era el Amor. Cuando se casaron, se prometió a sí misma que aquella vez sería feliz; sí, debía serlo, a toda costa.

Al principio, todo pareció marchar bien. Pero a los pocos meses de casados, apenas reanudaron su vida cotidiana y sus respectivos trabajos, la incompatibilidad de caracteres se manifestó en toda su crudeza. Artie era un apasionado de la lectura; leía cuanto caía en sus manos; Ava, por el contrario, se desprecupaba de los libros, la aburrían e, incluso, llegaba a reírse de Shakespeare, lo que irritaba enormemente a Artie. A Ava le gustaba hablar durante horas y horas, sin des-

canso... Artie era hombre de pocas palabras, más bien taciturno... Le abrumaba la constante palabrería de su mujer... Y además, estaba celoso de ella: celoso de la mujer y de la artista. Pues Ava iba subiendo rápidamente los escalones de la fama. Su estrella brillaba ahora con más fulgor que nunca. Fue mientras filmaba «The Hucksters» cuando Ava se descubrió a sí misma, al tener la fortuna de trabajar nada menos que al lado de Clark Gable. La personalidad del actor era tan fuerte que la muchacha se sintió estimulada y trabajó mejor que nunca. Fue entonces cuando descubrió Ava que trabajar en el cine era divertido y apasionante. La película fue un verdadero éxito. Crítica y público alabaron a la estrella, calificándola de primera figura. Un periódico neoyorquino dijo: «Ava Gardner no es sólo la mujer más hermosa de Hollywood, la cara bonita que estábamos acostumbrados a admirar. En esta película desafía valientemente el refrán de «A mayor hermosura, menos cerebro», pues es lo cierto que Ava nos ha demostrado poseer, además de un físico hemoso, una inteligencia natural y una agudeza extraordinarias...» Sí, fue un éxito rotundo. Su primer gran éxito como actriz. Pero Ava era, ante todo, mujer, y los éxitos de la actriz la dejaron indiferente. Ella quería triunfar como mujer y, por eso, su segundo fracaso matrimonial la hirió profundamente. Pues aquel mismo año de 1946 —el año de su consagración como actriz— Artie Shaw se divorciaba de ella.

...

Libre ahora de nuevo, en plena madurez de sus encantos y rica en experiencias, ¿sabría Ava, en adelante, manejar su corazón o seguiría influyendo en ella la sombra de su adolescencia atormentada? Por el momento, se refugió en su casa, en lo alto de una colina cercana a Hollywood. Su hermana Beatriz — Bappie, como ella la llamaba — fue a vivir con ella, y allí las dos muchachas hicieron durante algún tiempo vida de ermitañas. Sin palmeras, sin piscina, sin adoradores, Ava empezó a recuperarse a sí misma. ¿Cómo? El proceso fue largo, doloroso, difícil... Le costó mucho comprender que para ser feliz hay que saber seguir la corriente de los demás. Poco a poco la seguridad fue llegando a ella, como una ráfaga fresca y agradable. Supo lo que deseaba y aprendió a amar los libros (¡los libros!, causa de tantas querellas con Artie), la música... Su trabajo la ayudó mucho también. Después del éxito de «The Hucksters», siguió «Aventura en Singapur», «Venus era mujer», «El gran pecador», «Mundos opuestos», «Soborno»... En aquellos días se la vio a menudo acompañada del actor Howard Duff. Las gentes empezaron a chismorrear, se habló de un idilio entre ambos; se dijo, incluso, que no tardaría en ser la señora Duff. Bappie se alarmó:

—Ten cuidado, Ava. Me preocupa tu amistad con Howard...

—No, Bappie, no tienes por qué preocuparte. La gente se empeña en que exista un noviazgo entre Howard y yo... Pero todos olvidan —y tú

la primera — que he cambiado mucho. Ya no soy la misma. He tardado en madurar, pero... Antes, el hombre tenía que ser sensacional o no me interesaba. No conocía el término medio. Ahora, en cambio, he llegado a ese estado ideal en que puede mirarse a los hombres sencillamente en el terreno de la amistad. Y me parece que esto es un signo de madurez, ¿no? Yo así lo espero. Howard no es más que un buen amigo. Me siento a gusto a su lado... Pero de eso al amor... No, Bappie, no; no quiero volver a enamorarme. El amor es cruel... Además, el verdadero amor, ese por el cual yo sería capaz de renunciar a todo, no existe... O por lo menos parece no existir para mí. Mi destino es ser actriz y nada más que actriz... ¡Qué le vamos a hacer! Ahora sólo quiero trabajar, progresar, ascender...

Bappie la miró incrédula. Sabía que Ava poseía un inmenso caudal de amor y que le sería imposible vivir sin él. El día que encontrase al hombre, Ava lo dejaría todo por él... Se prometió a sí misma vigilarla, cuidar de ella, evitar, en lo posible, que sufriera un nuevo desengaño.

Pero resultaba difícil vigilar ahora a Ava, y más difícil todavía impedir que los hombres la asediase. La chiquilla pelirroja y sin encanto de la infancia, había dejado paso a una mujer avasalladoramente hermosa, una mujer de una personalidad y un temperamento intensos. Sus ojos verdes, transparentes, como las algas tiernas que el mar arroja a la playa, revelaban todas las ansias de amor que encerraba su ser. Decidida a apartarlo de su vida, a prescindir de él, Ava se entregó a una vida de diversión constante. Las exigencias de

su trabajo, además, la llevaban de fiesta en fiesta, de reunión en reunión; asistía a todas las Galas de Prensa, a todas las «premières, se dejaba acompañar por cuantos hombres la solicitaban, despertaba pasiones tumultuosas, poderosos arrebatos masculinos... Quería hundirse en la vida... olvidar el amor...

Hasta que un día... Fue en casa de unos amigos íntimos. Se celebraba una de las tantas fiestas nocturnas de Hollywood. Había champaña. Ava había bebido mucho. Estaba alegre, muy alegre... Se sentía feliz... Y, de pronto, tuvo, como de niña, la necesidad de andar descalza por la hierba. No lo pensó un instante. Se quitó los zapatos y riendo ingenuamente, feliz como una chiquilla, salió al jardín. Hacía una noche muy calurosa. La luna iluminaba pálidamente los arbustos. Fatigada y sudorosa, Ava se sentó en el suelo junto a la piscina. Pronto se dio cuenta de que no estaba sola. Un poco más allá se perfilaba una sombra.

—¿Quién está ahí? —preguntó, medrosa.

—No te asustes, Ava... Soy Frankie... Frank Sinatra, ¿no recuerdas? Acaban de presentarnos...

Sí, acababan de presentarles. Sin embargo, Ava tuvo, de pronto, la sensación de haberle conocido siempre. Y supo también que aquel hombre delgado, insignificante, melancólico, personificaba el amor tanto tiempo esperado. Charlaron largamente; no tuvieron noción del tiempo hasta que empezó a clarear.

—Debe ser muy tarde, Ava... Te acompañaré a casa...

—Sí, Frankie.

Al despedirse de ella, Frank la tomó en sus brazos y la besó largamente.

* * *

Así empezó el idilio. Un idilio impetuoso, avasallador. Esta vez, Ava no pudo engañarse. Aquello sí era el amor, el verdadero amor con que soñara desde niña. Un amor, por difícil, más deseado, más absoluto. Pues Frank Sinatra no era libre. Al principio, Ava quiso retraerse, huir de aquel sentimiento que la llevaba hacia Frank... Pero el joven forzaba todas las ocasiones para verla; la principio, Ava quiso retratarse, huir de aquel sentir constantemente su presencia... Pues lo mismo que ella, Frank supo desde el primer día que aquello era inevitable, que habían nacido el uno para el otro y que sería inútil que nada ni nadie, intentase cruzarse en su camino.

Un día que el actor fue a visitarla a su casa de la colina Ava quiso terminar aquel idilio:

—Es inútil, Frankie. No podemos seguir adelante... Es mejor que no volvamos a vernos. Tu mujer...

—¿No volver a vernos? Pero, Ava; eso es lo mismo que pedirme que renuncie a la vida. Te amo demasiado. Nada me importan Nancy, ni el arte, ni la fama... Sólo deseo mirarme en tus ojos, esos ojos verdes en los que tantas noches he soñado que me sumergía... Tú sabes que ya no puede ser de otra manera, Ava...

La besó locamente, en uno de aquellos arrebatos que le hacían irresistible. Ava claudicó. Al principio trataron de ser discretos, de mantener

en secreto su amor. Pero el amor no puede permanecer oculto y ellos vivían consumidos por un fuego abrasador. Muy pronto fue del dominio público. La gente empezó a hablar, los periódicos publicaron fotografías de los dos enamorados, Nancy Sinatra empezó a alarmarse y toda la ciudad parecía vivir pendiente de Ava y Frank. Bappie se preocupó seriamente.

—Ava, esto no puede seguir así. Te estás destrozando. Trabajas demasiado. Todo el mundo habla de ti. ¿Por qué no aceptas ese contrato para filmar en Londres y en España? Te hará bien un poco de descanso, lejos de aquí... y de Frankie. A tu regreso, todo será distinto. Quizá Nancy haya accedido al divorcio. Pero en tanto...

Ava comprendió que su hermana tenía razón. Bappie siempre tenía razón; por algo era la única persona del mundo en quien Ava confiaba. Aquella situación iba haciéndose intolerable para todos. Quería a Frank con todo su corazón, pero las dudas la atormentaban. ¿Qué le depararía el destino? ¿Accedería Nancy al divorcio? Y si no accedía, ¿tendría ella la fuerza suficiente para apartar a Frankie de su lado? Sí, sí, lo mejor sería poner alguna distancia entre los dos. Marcharse, huir, descansar. Sobre todo, descansar... Tenía los nervios destrozados; aquella tensión constante en que vivía, aquella persecución de Frankie... Pues era inútil que ella marchase a otro Estado, inútil que sus compromisos la retuvieran lejos de Hollywood. Frank sabía encontrar siempre la manera de reunirse con ella... Y eran entonces sus encuentros impetuosos, avasalladores, pletóricos de reproches, peleas y dulces reconciliaciones. «Es lo que

más amo en el mundo... y tengo que huir de él», sollozaba Ava. Sonrió tristemente. El destino era cruel con ella, cruel con la mujer, al menos. Toda su vida soñando con el amor, con el Príncipe Encantado y cuando, al fin, lo encontraba...

Partió inesperadamente para la capital de Inglaterra sin despedirse de Frank. Sus compromisos la llevaron después a España para filmar los exteriores de «Pahndora, o el Holandés errante», junto a James Mason.

La Costa Brava Catalana fue un magnífico sedante para Ava. Su llegada causó una verdadera sensación, despertó admiraciones e inquietudes. Pescadores, personalidades del cine, de la prensa y de la radio se rindieron a sus pies. Todos admiraron a la bella mujer que llegaba de tierras lejanas con el corazón destrozado... Ava empezó a encontrarse nuevamente a sí misma; sus ojos verdes se identificaron con el mar. Era como si, de pronto, algo de aquel mar se hubiese infiltrado en toda su persona: la rebeldía, la languidez, el misterio, la seducción... Aquella seducción que ejercía sobre todos cuantos la rodeaban.

Una mañana que estaba tendida sobre las doradas arenas de S'Agaró, frente al mar tranquilo y plácido, los ojos verdes de Ava se posaron en otros ojos negrísimo, que la miraban con adoración. Un hombre atrayente, moreno la contemplaba ensimismado. Parecía como si, con una simple mirada, quisiera abarcar toda su alma, todo su cuerpo. Ava se levantó molesta. Apenas le conocía; sabía que era uno de sus compañeros de filmación, un español, no recordaba su nombre. Alguien dijo:

—Es Mario Cabré, el torero...

Lo que siguió más tarde, ni la propia Ava se lo explicaba. Mario ejercía sobre ella una atracción extraña: la muchacha no sabía si era el hombre o el torero lo que así la fascinaba. Lo cierto es que empezó a salir con él, que escuchaba ensimismada sus versos y que enloquecía cuando le veía en el ruedo. No había olvidado a Frankie... Pero aquel hombre era distinto a cuantos había conocido... Y además, Frank estaba tan lejos. Los periódicos empezaron nuevamente a murmurar. La prensa sensacionalista se hizo eco de aquella amistad, los rostros de Ava Gardner y Mario Cabré ilustraron las portadas de todas las revistas. Ava no decía nada, no hacía aclaraciones. Mario, por el contrario, declaraba radiante, a cuantos querían escucharle, que Ava era la mujer de sus sueños, que jamás había querido a ninguna otra mujer, que por ella sería capaz de matarse...

Frankie estaba lejos, sí, pero no lo bastante para que no llegaran hasta él los rumores relacionados con su bella prometida y el torero español. Impulsivo, violento, celoso como era, Frank tomó el primer avión que salía para España y se presentó en S'Agaró, trayéndole a su adorada un precioso collar de esmeraldas como regalo. En las cálidas noches de agosto, junto a las barcas abandonadas, Ava y Frank pasearon su amor apasionado, sus celos mutuos, sus promesas eternas...

—¡Me has hecho mucho daño, Ava! Cuando allá lejos, en mi casa, pensaba en ti y en ese...ese Cabré, cría volverme loco...

—¡Calla! No pienses en nada... Has vuelto...

Estás aquí, a mi lado... Querido... Te amo, te amo... A ti, sólo a ti...

—Regresa conmigo a Hollywood, querida. Nos casaremos en seguida. Nancy accede al divorcio. Apenas llegue, presentaré la demanda. En pocos meses; seré libre y entonces podremos unirnos para siempre...

—Sí, querido, para siempre, para siempre...

Mario Cabré, en tanto, solo y abandonado, se afanaba en terminar un libro de poemas que quería regalar a la actriz, en recuerdo de su amor imposible, antes de que ésta regresara a los Estados Unidos.

* * *

Ava y Frank no pudieron, sin embargo, regresar juntos. Ava tenía que terminar sus compromisos en Europa. Cuando al fin se reunió con él en Hollywood, nuevas peleas y reconciliaciones precedieron a la boda, que estuvo a punto de no celebrarse jamás. Parecía como si los dos enamorados sólo fueran felices en una perpetua disensión. Tanto Ava como Frank eran criaturas intensas, apasionadas, explosivas. Y se amaban locamente. Cundo al fin se casaron, todos parecieron respirar con tranquilidad. La boda se celebró en Filadelfia, en casa del modesto Lester Sachs. La fiesta estuvo animadísima; se bebió champaña; asistió gran número de invitados y hubo una nota sentimental y tierna: un telegrama de Nancy Sinatra, que decía: «Siempre deseé toda suerte de felicidades para Frank». Ava, siempre pronta a las lágrimas, lloró emocionada. Frank no dijo

nada, pero su cara enjuta parecía más pálida que nunca.

El matrimonio, sin embargo, no fue dichoso. Las peleas continuaron cada vez más intensas. Ava sentía celos de una mirada, un gesto, una distracción de Frank. El era susceptible, incapaz de tomar las cosas objetivamente. Un día que Ava, al regresar de los Estudios, le habló de un actor a quien acababan de presentarle, alabando su buen tipo y el atractivo físico que tenía, Frank, creyendo que en las palabras de su mujer había un deliberado propósito de mortificarle, tuvo una explosión de celos más violenta que nunca.

Ava se enfadó y se marchó de casa, dirigiéndose a Palm Spring. Frank, en tanto, se paseaba furioso por la habitación hablando solo y fumando nerviosamente. El silencio de la casa le hizo recapacitar. Se calmó y una gran tristeza invadió todo su ser. Echaba de menos a su mujer. Sin pensarlo un instante más, tomó el coche y salió en su busca. Cuando se encontraron, la reconciliación fue deliciosa. Ambos querían tener la culpa y sus explicaciones se confundían:

—No debí haber dicho eso, amor mío —susurraba Ava, colgada del cuello de su marido.

—Perdóname, soy un bruto. No quise ofenderte —suplicaba Frank.

Estas peleas parecían ser la sal y pimienta del matrimonio Sinatra. Los mayores obstáculos eran, casi siempre, de orden profesional. Por el amor de Ava, Frank había arriesgado su reputación, su trabajo y la admiración de su público. Abandonó el hogar, la mujer, los hijos y como resultado de todo esto, la Metro le abandonó a él.

Ya no encontraba trabajo en ninguna parte: era un hombre acabado. La carrera de Ava, por el contrario, parecía ascender vertiginosamente desde que se había casado, casi en igual proporción que el descenso de su marido. Había, además, otras causas para que el matrimonio se construyera, desde el principio, sobre arena movediza. Frank era, por naturaleza, un hombre que vivía constantemente a la defensiva y tan rápido para pelear como para perdonar. Sufrió además unos celos horribles y constantes; sabía por experiencia el embrujador atractivo que ejercía Ava sobre los hombres y quería tenerla siempre a su lado, para él solo, alejarla de su carrera. Todo esto daba pie a que la vida en común fuera una constante sucesión de peleas y reconciliaciones. Pero como suele ocurrir, el exceso de sal y pimienta acaba por estragar los paladares. A medida que transcurría el tiempo, la situación entre Ava y Frank fue haciéndose cada vez más imposible. A raíz de una discusión más violenta que otras, Ava partió a Europa dispuesta a no regresar. Aquello pareció el fin. Pero Frank, desesperado y arrepentido, la asió a conferencias telefónicas y, a ruegos suyos, Ava accedió a regresar de nuevo para pasar tres semanas deliciosas junto a su marido. Una nueva querrela, sin embargo, más borrascosa que las anteriores, decidió a Ava a entablar la demanda de divorcio. Esto ocurría en 1954, después de tres años de amor apasionado y peleas constantes.

* * *

Nuevamente el amor huía de Ava... Nuevamente la actriz vencía a la mujer. En aquella época se le ofrecía un papel tras otro y hasta llegó a suplantar a Lana Turner, como la actriz más «atractiva» del momento. Con motivo del estreno de «Mogambo», Ava demostró que, además de ser hermosa y atractiva, tenía un indiscutible y auténtico temperamento dramático. Siguiéron otras muchas películas: «Estrella del destino», «Magnolia», «Las nieves del Kilimandjaro», «Los caballeros del rey Arturo», «La condesa descalza», filmada en Roma con Rossano Brazzi de oponente.

Y fue en la Ciudad Eterna donde Ava conoció, en una fiesta, a otro torero español, Luis Miguel «Dominguín». El idilio entre ambos fue inevitable. Cuando Luis Miguel tuvo que regresar a España, Ava hizo frecuentes viajes desde Roma a Madrid y Barcelona para reunirse con él. Pero, indudablemente, el amor no se había hecho para Ava. Después de un idilio turbulento, que llevó al torero hasta Hollywood, tras la arrebatadora Ava, Luis Miguel, de la noche a la mañana, anunció oficialmente su compromiso con la actriz italiana Lucia Bosé.

Ava quedó sola... frente a su nuevo fracaso de mujer. La actriz que había en ella no podía desear ya más celebridad... Pero la mujer...

—¿Sabes, Bappie? Creo que mamá conocía el secreto —dijo un día, tristemente, a su hermana, con los ojos llenos de lágrimas—. Aun después de la muerte de papá, fue feliz con sus recuer-

dos y no la amargaron dolorosas frustraciones como a mí... Sí, Bappie querida, creo que sólo ella conocía el secreto... ¡Por un amor como el suyo, yo renunciaría a cincuenta carreras artísticas!

Pero Ava no puede ya renunciar a su arte. Sigue esperando el amor, aunque no haya conseguido jamás la felicidad soñada. Por eso algunas veces quiere aturdirse a sí misma, perder la conciencia de la vida real... Y bebe, bebe locamente, ansiosa de sumergirse en el olvido... Bappie la acompaña, resignada, y cuando la sangre irlandesa de Ava empieza a hervir en el cuerpo, haciéndola perder los estribos... allí está ella para calmarla, para cuidarla, para consolarla, como en los días ya lejanos de la infancia...

Pues aunque la copa sea de fino cristal tallado y su contenido champaña de marca, ¿puede, acaso, una mujer tan joven y tan bella confiar su dicha al paraíso artificial que es el olvido?

Así es

AVA GARDNER

Ava Gardner, en ocasión de visitar un casino, se acercó a una mesa de juego con un billete de cien dólares en la mano.

Al cabo de un rato, en la bella mano de la actriz había dos billetes de diez dólares.

—¡Vaya! —exclamó algulén—. ¿Ha tenido hijos aquel billete?

—Sí —repuso Ava lacónicamente—. Pero el padre ha muerto.

...

Ava Gardner se encontró con una amiga cuyo rostro revelaba un evidente malestar.

—¿Qué te sucede —preguntó Ava.

—Tengo un dolor terrible que me hace ver las estrellas —explicó la otra—. No sé lo que debe ser.

—Será un telescopio —dedujo Ava.

(Caricatura de Muntañola)



án a la venta!

...nto misterioso posee esta mujer? Los galanes más veteranos y famosos que han trabajado con ella, terminan captados por su profundo hechizo, y algunos enamorándose de ella. Bing Crosby, Clark Gable, Gary Cooper, Ray Milland, James Stewart... Sus triunfos en el cine, han culminado con el «Oscar» concedido este año. Un relato interesante como la propia vida que narra



SILVANA MANGANO

El caso más sorprendente en la historia del cine. Silvana Mangano, famosa, admirada, solicitada por todos, trabaja ante la cámara contra su voluntad. Es necesaria toda la autoridad de su esposo para hacerla intervenir en cada película que hace. Ella quiere vivir feliz en su fastuosa casa con su marido y sus hijos, libre del ajetreo de los Estudios.



FRANK SINATRA

Pequeño, flacucho y feo, pero con una voz cálida y expresiva como pocas, Frank Sinatra consigue el amor de mujeres extraordinarias como Ava Gardner. Su vida se ve atormentada por su carácter difícil y complicado. Las pasiones le arrastran con una fuerza que él se ve incapaz de resistir.



TITULOS EN PRENSA



ROBERT TAYLOR

Comenzó a ganarse la vida como componente de un trío musical, pero el destino decidió ser benévolo con él. Su carrera cinematográfica ha sido fácil y rápida. Durante once años fue feliz al lado de Bárbara Stanwyck. No obstante, el matrimonio se deshizo inesperadamente. Ursula Thiess, una actriz alemana poco conocida, es su segunda esposa.

RITA HAYWORTH

Hija de un bailarín español, comenzó a bailar como profesional a los catorce años de edad. Su primer marido la convirtió en la maravillosa mujer que es la actualidad. Orson Welles le dio cultura y refinamiento, y Alf Khan la hizo princesa. Finalmente, ha encontrado la felicidad al lado del cantante Dick Haymes.



TYRONE POWER

A pesar de haber sido educado en un buen colegio, la vida le fue tan adversa que tuvo que emplearse en un teatro como acomodador. Más tarde, ya convertido en gran actor, tuvo un idilio con Sonia Heine, que no terminó en boda porque Tyrone se sintió de pronto atraído por Anabella. Años después, entró Linda Christian en su vida. Hoy, no tiene a su lado una mujer que le comprenda.

JUDY GARLAND

La historia de una gran actriz que estuvo a punto de destrozar su carrera al no saber dominar el nerviosismo ni controlar la excitación producida por unos comienzos demasiado rápidos. Un agente de publicidad se enamoró de ella cuando ya se la consideraba una estrella perdida, consiguiendo colocarla de nuevo en el puesto que ocupó en los Estudios.

